

as, a aquel trabajo es el más extraordinario ejemplo de prudencia y reflexión que pudiera dar un muchacho de tan pocos años.

III.

Acababa de cumplir catorce, y aún no había terminado sus estudios, cuando se concibió un proyecto que estuvo á punto de cambiar todos los destinos de su vida.

Ya se ha hablado de sus inclinaciones militares, que seguramente se asociaban en su espíritu infantil con sueños de gloria. Más de una vez, oyendo hablar de escuadras y combates marítimos, viendo los buques de guerra que solían anclar en el Potomac, y contemplando el gallardo porte de los oficiales de marina, había dejado escapar, no obstante su natural reserva, chispas de entusiasmo por la carrera de marino. Su hermano Lorenzo, que le amaba como un padre y tenía también marciales inclinaciones, quiso darle gusto. El suegro de Lorenzo, señor Fairfax, que había sido soldado en su juventud y aún dicen que había tomado parte en la expedición de Cartagena, favoreció aquellos deseos. La carrera de marino era por otra parte un elemento de fortuna y de gloria, y era siempre un grande honor para un colono de América pertenecer á la marina británica, por aventajada que fuese su posición, como lo era sin duda la de los Washingtons. En suma, obtuvieron un nombramiento de guardia-marina para Jorge, después de alcanzar también el consentimiento de su madre para que se embarcara. Ya estaba todo dispuesto para la partida: un buque de guerra esperaba en el río al doncel, y aún dicen que ya su equipaje estaba á bordo. La despedida era lo único que faltaba.

A última hora el corazón de la madre se rebeló contra la ejecución de aquel proyecto. Era su hijo mayor, su consuelo, su esperanza, el futuro protector tal vez de sus otros hijos pequeños; no tuvo valor para separarse de él, entregándole á los trabajos y peligros de una profesión tan dura: faltaronle por completo su entereza y su energía: instó, representó, y el proyecto fué aban-

donado. El corazón de María Washington fué entonces un corazón profético, como lo es casi siempre el corazón de las madres.

Un año después de esto, es decir, en 1747, JORGE puso término á sus estudios. Tenía entonces quince años; y era ya un guapo mozo, tan desarrollado de cuerpo como de espíritu, alto, esbelto, y de gentil presencia, con el candor de niño, el vigor de joven y la prudencia de anciano.

IV.

A los que hayan leído los párrafos anteriores, y más todavía á los que por otras lecturas tengan idea del carácter de Washington, tan serio, tan juicioso, tan dueño siempre de sí mismo, tan sereno y frío al parecer y tan ageno á toda impresión poética y romántica, les parecerá imposible lo que vamos á contar ahora. El hecho es que JORGE, antes de cumplir quince años, y siendo todavía estudiante, estuvo enamorado de una beldad desconocida, y que aquel amor fué desgraciado, perturbó su espíritu y amargó sus días durante algún tiempo. No dejan de esto duda alguna ciertos pasajes ó borradores de su puño y letra que se han encontrado en uno de sus cuadernos de estudios y ejercicios escolares. Allí se vé que el objeto de su pasión era una belleza de la llanura ó tierra baja (*lowland beauty*), y se vé también, para mayor asombro de los lectores, que más de una vez intentó expresar en verso sus amorosas ansias; malos versos, por supuesto, de ideas triviales y comunes, en que habla de su *pobre corazón herido por las flechas de Cupido*, y de la *mujer sin piedad que no se compadece de sus dolores*.

¿Por qué fué aquella pasión desgraciada, y quién fué el objeto de ella? No se sabe. Quizás la adorada belleza no hizo caso de JORGE, y le trató como á muchacho de la escuela. Acaso, y es lo más probable, nunca se atrevió á declarar su amor, como que siempre fué taciturno y sobremanera encojido con las damas. Cabe también en lo posible que todo fuera pura ficción, siendo bien sabido que los poetas, y los que no lo son, suelen fingir amores y desdenes para can-

tarlos en sus versos. Esto último, sin embargo, aunque cabe en lo posible, no es lo probable, porque la manera en que habla Washington de su pasión amorosa, testifica que la sintió de veras; y aún dice la tradición que el objeto de ella fué una señorita Grimes, de Westmoreland, que fué después madre del general Enrique Lee, á quien quiso mucho Washington; probablemente, dicen los biógrafos, en memoria del tierno sentimiento que la madre le había inspirado en sus años juveniles.

"Apenas puede uno concebir á Washington, dice Irving, al frío, impasible y juicioso Washington, el gran campeón de la libertad americana, consumiéndose de amor en los días de su adolescencia, exhalando ardientes suspiros, y borroneando gemebundos versos por las arboledas de Mount Vernon. Celebramos, sin embargo, esta oportunidad de penetrar en sus sentimientos íntimos, y de ver que bajo su estudiado decoro y reserva tenía un corazón de carne que latía con los ardientes impulsos de la naturaleza humana."

V.

Desde antes que JORGE terminara sus estudios, solía pasar algunas temporadas en Mount Vernon; pero después aquellas temporadas fueron más largas y frecuentes. Durante ellas contrajo muy amistosas relaciones con la familia Fairfax, emparentada ya con su hermano, como se ha dicho, y aquellas relaciones ejercieron grande influencia en su destino futuro.

Guillermo Fairfax, el suegro de Lorenzo, había pertenecido al ejército en su juventud, había corrido extrañas aventuras, era hombre de mundo, manejaba las inmensas posesiones que tenía en Virginia su primo Lord Fairfax, y vivía espléndidamente en su hermosa finca de Belvoir, á corta distancia de Mount Vernon, río abajo, y en la misma orilla, siendo la alegría de su casa y el más bello adorno de su hacienda, una familia numerosa y bien lograda, que unía á la franqueza de la vida del campo la cultura y el refinamiento de las antiguas familias inglesas. El hijo mayor del Sr. Fairfax, llamado Jorge

Guillermo, se casó por aquellos días con una hija del coronel Carey, de Hampton, y llevó á la casa de su padre á su esposa y á una hermana suya. La presencia de aquellas dos jóvenes en Belvoir aumentó los encantos de aquella residencia.

Hay constancias del influjo que ejerció en el espíritu de Jorge Washington el trato con aquella familia, y estas circunstancias se encuentran también en uno de sus cuadernos de estudiante. Véanse allí borradores de cartas dirigidas á varias personas. En una de ellas dice que su estancia en Belvoir sería placentera con la presencia de una señorita *muy agradable* que vivía en misma casa, si no fuera porque aquello mismo renovaba su primera pasión; y en otra carta dice terminantemente que la señorita *agradable* era la hermana política de Jorge Fairfax, cuya compañía era un gran consuelo para sus amarguras.

De todas maneras, y prescindiendo ya de aquellos malogrados amores, las relaciones de Jorge Washington con la familia Fairfax debieron contribuir mucho á dar á su porte y sus modales aquel aire de distinción y aquel tono de grave y correcta elegancia que siempre se notaron en él, y que no habrían sido mayores aunque se hubiera educado en las cortes más refinadas de Europa.

Vivía entonces en la casa de W. Fairfax su primo el Lord. Era este un caballero hercúleo, de edad como de sesenta años, de elevada estatura y proporciones atléticas, que había cursado en la universidad de Oxford, había pertenecido al ejército sirviendo en un cuerpo de caballería, había figurado en los círculos más elegantes de Londres, y hasta había adquirido cierta reputación literaria escribiendo uno ó dos artículos para el *Espectador* de Adisson, que tuvo gran boga en Inglaterra por ese tiempo. Un amor malogrado le había disgustado de la sociedad y cambiado sus costumbres. Había estado años antes en Virginia para ver las inmensas propiedades que tenía allí, heredadas de su madre, hija de Lord Culppeper, uno de los primeros gobernadores de Virginia, á quien se las había concedido Carlos II;